

Lecciones ucranianas
León Trotsky
16 de mayo de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 181-185; también para las notas. 16 de mayo de 1919, en Svatovo. Publicado en *V Puti*, número 47.)

Ante todo, es necesario acabar con el estúpido motín de Grigoriev. Pero al mismo tiempo es necesario extraer sus enseñanzas, sobre todo con vistas a los que no supieron aprovechar las anteriores lecciones. El actual motín ucraniano es la expresión ebria y brutal de la degeneración del guerrillerismo. Su liquidación ahora será tanto más dolorosa cuanto más ha sobrevivido, cuanto más se le ha tolerado.

En el pasado, y hoy todavía, los destacamentos guerrilleros han sido considerados como opuestos al ejército regular sin consideración de la necesaria perspectiva histórica. La cuestión se plantea como si ante nosotros tuviéramos dos “principios” que se bastan a sí mismos considerados y valorados fuera del tiempo y del espacio. En realidad, la guerrilla tiene sus “títulos”, completamente legítimos, determinados por la situación histórica; y más allá de los límites de esa situación la guerrilla degenera (lo cual es muy lógico también) contagiando al medio político circundante.

A la clase que aún no dispone de poder estatal, que aún está en la fase de la lucha por ese poder, no se le puede pedir que cree un ejército regular. Sus esfuerzos, como es lógico, estarán dirigidos a descomponer el ejército regular de la clase dominante, aprovechando ciertos destacamentos de ésta, o creándolos primero clandestinamente y luego en la fase de guerra civil abierta. Con otras palabras: la guerrilla es el arma de la clase (o nación oprimida) más débil en el sentido organizacional, o puramente militar, en su lucha contra la clase a la que pertenece el aparato estatal centralizado. En este periodo la guerrilla no sólo es un factor progresivo, sino que, en general, es la única forma posible de lucha abierta de la clase oprimida por su liberación. Claro está que tampoco en esa situación la guerrilla constituye principio alguno ni indica superioridad de cualquier género. Al contrario, el proletariado revolucionario aspira a introducir la mayor regularidad posible en su organización militar, superando las formas artesanales. En esto consiste la diferencia profunda entre la política militar proletaria, incluso en el periodo de la lucha por la conquista del poder, y el guerrillerismo campesino-pequeñoburgués.

En tiempos de Kerensky teníamos un aparato ilegal con ayuda del cual manteníamos el enlace entre determinados regimientos y fracciones de regimientos, baterías, secciones de ametralladoras, etc. Siendo el partido de la oposición revolucionaria no podíamos pensar entonces, como es natural, en crear nuestro Estado Mayor General Panruso o nuestra Dirección Central de Abastecimientos, etc., etc. Pero ya entonces nos preocupábamos de superar, en toda la medida de lo posible, los lados negativos de las formas guerrilleras, en asegurar la unidad de acción y el tipo centralizado de dirección¹.

¹ A propósito de la *Organización Militar*: pese a las condiciones difíciles en que se efectuaba este trabajo, el 16 de junio de 1917 se celebró una conferencia panrusa de las organizaciones militares del partido, en la que participaron representantes de 500 unidades y de 30.000 bolcheviques. En esta conferencia se formó un buró central de las organizaciones militares que realizó un trabajo unificador entre las células del partido en los ejércitos. La organización militar de nuestro partido nació en 1905 y cumplió una función importante en el desenvolvimiento del movimiento revolucionario en el ejército. A fines de marzo de 1906 se hizo una primera tentativa de coordinar el trabajo de las células del partido en el ejército y se convocó en Moscú una conferencia de las “Organizaciones Militares”. Después de la detención de los participantes previstos, la

La significación histórica progresiva de la lucha guerrillera termina allí donde la clase oprimida coge en sus manos el poder estatal. Esto es lo que no podían comprender en modo alguno los charlatanes socialrevolucionarios de izquierda (y no sólo ellos, por desgracia). Los Kamkov acusaban al poder soviético (¡no a un partido clandestino sino al poder!) por crear un ejército regular en lugar de formar destacamentos guerrilleros.

Podría también preguntarse: ¿A santo de qué iba la clase obrera a coger en sus manos el poder estatal si no ha de utilizarlo para introducir el centralismo estatal en aquel dominio que por naturaleza exige el máximo centralismo, el dominio militar?

Pero el *quid* consiste, precisamente, en que el pequeñoburgués (incluso cuando llega al poder o se junta a él), permanece en oposición consigo mismo: el poder no le va, le constriñe, le asusta, le turba, le irrita, porque exige de él constante dominio de sí y disciplina interior.

Y así resulta que una vez en el poder el pequeñoburgués hace esfuerzos por escapar a sus servidumbres. En tanto que mujik “sólido” se instala en el sóviet y al mismo tiempo organiza de cuando en cuando sublevaciones bajo las más absurdas consignas que los aventureros contrarrevolucionarios fabrican a su medida. En tanto que intelectual socialrevolucionario vacila: ¿entra en el Consejo de Comisarios del Pueblo o lanza, por si acaso, una bomba en el Kremlin?

Nuestra revolución ha puesto al pequeñoburgués completamente fuera de sí, justamente porque en su desarrollo ha planteado tareas de extraordinaria dificultad, cuya solución exigía la máxima tenacidad y una gran tensión de fuerzas. Crear un ejército regular, o sea, crear un aparato de dirección militar complejo y voluminoso, registrar a toda la población con un criterio de clase, movilizar a todas las clases no explotadoras, luchar correctamente contra el incumplimiento de los deberes militares, seleccionar un personal de mando leal; controlarlo; formar, agrupar y educar unidades, integrarlas en agrupaciones superiores, aguantar al mismo tiempo los reveses, corregirlos sobre la base de la experiencia: tal es el trabajo difícil, al mismo tiempo que fastidioso en sus detalles, que hay que realizar... ¿No será posible engañar a la historia, tomarla al asalto, sorprenderla por sus flancos y su retaguardia con un pequeño destacamento guerrillero? Tal es el secreto pensamiento del revolucionario pequeñoburgués. Se burla de la ciencia militar, de los imperativos de la técnica, del sistema, de los especialistas militares, de los reglamentos y plantillas, y promete sustituir todo esto por la improvisación revolucionaria, pero acaba rompiéndose la frente en el primer obstáculo.

Superar el guerrillerismo (que es cuestión fundamental para el proletariado llegado al poder) no quiere decir suprimirlo de manera formal o verbal, cosa que ocurre frecuentemente cuando los destacamentos guerrilleros pasan a llamarse brigadas o divisiones en función del cambio de denominación de los jefes. El problema es más profundo: se trata de transformar la estructura interna de las unidades y de instaurar en ellas determinado régimen. El guerrillerismo es hostil, por esencia, al poder estatal centralizado. Subraya y cultiva todo lo que le diferencia de los otros, comenzando por los destacamentos guerrilleros vecinos y acabando por el centro gubernamental, considerado como extraño y semienemigo. El ejército de la clase revolucionaria victoriosa debe

conferencia se reunió en Tammerfors en el invierno de 1906. En 1917, después de la revolución de febrero, la Organización Militar extiende su influencia, primero en Petrogrado y luego en el frente (sobre todo en el frente norte y en la flota del Báltico). El 15 de abril aparece el primer número del diario La verdad del Soldado, órgano central de la organización. En el congreso de las organizaciones militares celebrado el 16 de julio en Petrogrado estuvieron representadas 500 unidades, con efectivos totales de 30.000 bolcheviques. La Organización Militar llevó a cabo directamente la preparación de la insurrección y designó de su seno camaradas destacados para el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado y a continuación para el departamento militar (Podvoiski, Mejonochin, Krilenko, Dzevaltovski, Raskolnikov, y muchos otros).

agruparse en torno al aparato gubernamental como su guardián. Si intenta conservar las características de los destacamentos guerrilleros entra inevitablemente en oposición al estado. Y una oposición de guerrilleros significa rebelión armada.

Ucrania ha sido limpiada rápidamente, en gran parte por los destacamentos guerrilleros, de la basura de guardias blancos petliuristas y de los ingleses-franceses-griegos-rumanos. De ahí que algunos soñadores pretendan llegar de nuevo a la conclusión de la superioridad de la guerrilla sobre el ejército regular. En realidad, la victoria soviética en Ucrania es la victoria de la insurrección masiva de los obreros y campesinos sobre la burguesía, no la victoria de la forma guerrillera de organización militar sobre la regular. La presión de las masas trabajadoras fue tan grande, todas las estructuras anteriores (que apenas podían mantenerse en pie) se derrumbaron tan rápidamente, que las tropas blancas se descompusieron de manera irremediable. No sólo los de Petliura, sino los ingleses, franceses y griegos (que también necesitan retaguardia) se sintieron como sobre la pendiente resbaladiza de una montaña, cuando se pierde pie y las piedras saltan entre las piernas, precipitándose al abismo. Al mismo tiempo que facilita la victoria, la revolución dificulta hasta cierto punto las formaciones regulares. Impulsa a pensar por la línea de menor resistencia y favorece con ello el culto al guerrillerismo. Lo hemos experimentado ya en la Gran Rusia. Podíamos esperar legítimamente (debemos reconocerlo) que nuestra experiencia enseñaría algo a Ucrania y no repetiría nuestros errores. Pero estas esperanzas no se han confirmado más que parcialmente. El culto del guerrillerismo, liquidado en la Gran Rusia, ha florecido provisionalmente con colores majnovistas sobre el suelo ucraniano. Y no sólo entre los socialrevolucionarios de izquierda...

Sin embargo, contamos ya con no pocos casos que nos permiten contrastar y comprobar. Fue suficiente trasladar destacamentos guerrilleros de Ucrania a otros frentes soviéticos (en los cuales no había, por un lado, la acción tempestuosa de las masas trabajadoras y, por otro, la total descomposición y pánico de las clases dominantes; donde, por el contrario, se enfrentaban dos ejércitos regularmente organizados y suficientemente diferenciados, cada uno con su retaguardia de clase) para que inmediatamente se pusiera de manifiesto la inconsistencia militar de los destacamentos guerrilleros.

Verdad es que de ahí algunos ideólogos conscientes o semiconscientes del guerrillerismo sacaron la conclusión de que no se puede subordinar los destacamentos guerrilleros a un mando "científico" y "burocrático", que requieren un tipo especial de dirección, etc. Pero todo esto es demasiado superficial por no decir infantil. Lo único cierto, en realidad, es que los destacamentos guerrilleros son victoriosos cuando tras ellos está la ola revolucionaria victoriosa. Pero cuando esta ola refluye a las orillas, una vez vencedora la clase revolucionaria, y los éxitos ulteriores dependen ya del arte organizacional y operacional, los destacamentos guerrilleros revelan inmediatamente su inconsistencia.

En el periodo ascendente de la guerra civil el guerrillerismo es estimulado por el afán de destruir el odiado estado de clase. Pero cuando el poder ha pasado ya a manos de la clase obrera, el guerrillerismo, con sus destacamentos independientes, pierde su justificación ideal y se hace reaccionario. Al desarrollar las tendencias centrífugas y distanciarse, por tanto, del poder revolucionario, sin tener al mismo tiempo ningún ideal específico propio, ninguna bandera independiente, el guerrillerismo se agrupa en torno a individualidades. Aparecen los destacamentos y el ejército de Grigoriev y de otros atamanes de todo pelaje. Este culto sin principios al atamán constituye, a su vez, el puente hacia la degeneración contrarrevolucionaria del guerrillerismo, el paso a la traición directa al servicio de la burguesía propia o extranjera. Todo esto podemos encontrarlo hasta la saciedad en la sedición de Grigoriev. En los próximos días, por otra parte, podremos ver en el ejemplo de Grigoriev que el guerrillerismo (capaz de realizar milagros

cuando es instrumento de la clase ascendente en su lucha por el poder) resulta impotente, lamentable, acabando en una juerga de borrachos, cuando se convierte en instrumento de aventureros contra la progresión histórica de la clase obrera.

Al mismo tiempo que en la lucha contra las tropas bien organizadas de Denikin ponen de manifiesto (incluso en territorio ucraniano) su extrema fragilidad y poca aptitud para el combate, los destacamentos guerrilleros se vuelven, como estamos viendo, contra la clase cuya lucha revolucionaria los ha engendrado. Esto significa que el guerrillerismo se sobrevive a sí mismo y ha pasado a ser un factor reaccionario. Hay que terminar con él cueste lo que cueste.

La historia de la limpieza de Ucrania, de la conquista de Járkov, Ekaterinoslav, Kiev, Odesa y Crimea, será una de las páginas más hermosas en el libro de la lucha revolucionaria. Pero la historia jamás vuelve dos veces la misma página. Sólo los pedantes y los mandarines acartonados pueden rezongar despectivamente a propósito de la actividad desplegada en Ucrania por los destacamentos improvisados de obreros y campesinos. La verdadera ciencia militar integra esa actividad. Porque la ciencia digna de ese nombre analiza las fuerzas armadas, su surgimiento, desarrollo y transformaciones internas, tomando en consideración los cambios de la situación histórica. Pero no menos ridículos son los partidarios del guerrillerismo que pretenden eternizar un pasado mal digerido. El ayer pasó y no volverá. El periodo del guerrillerismo se ha prolongado demasiado en Ucrania. Justamente por eso es tan dolorosa su liquidación. Ahora se requiere utilizar el hierro candente. Pero hay que hacerlo. Hay que acabar con los aventureros, no en palabras sino en hechos. Y más importante aún: hay que acabar con el aventurerismo.

Es necesario crear un verdadero ejército, bien organizado, con un régimen interno riguroso y único para todos. Hay que echar sin compasión a los pícaros ignorantes que no se someten a nada ni a nadie. Hay que despertar y cultivar en el ejército ucraniano el respeto por el pensamiento militar, por la ciencia militar y por los especialistas militares. Hay que colocar en los puestos que merecen a los cuadros honestos y responsables. Hay que dotar al joven ejército de una buena dirección política. Hay que acabar de una vez con el a-mí-qué-me-importa bajo todas sus formas.

No se trata sólo de una cuestión ucraniana, porque Ucrania es parte de la República Federativa Soviética. El país soviético, en su conjunto, está muy interesado en que sobre el suelo ucraniano el Ejército Rojo no pueda convertirse en un instrumento sin voluntad a merced de los salteadores de caminos.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es